

¡ Oh! ¡ perdon! ¡ perdon!... ¡ yo soy la causa de tu desgracia!...



tieron hablar. Sí, es preciso que en este momento supremo perdone á todos mis enemigos para que Dios me perdone tambien.

—¡Ay! nunca me pude imaginar que las consecuencias de mi ambicion te condujesen á tan cruel extremo.

—Pues mira como me ha conducido; el castigo de nuestros crímenes le sufrimos prolongado y amargo en este mundo antes de subir á expiarle en el otro.

—Es que tú has sido siempre débil y pusilánime; tus indecisiones, tu falta de atrevimiento y de cálculo te han perdido, dijo Cristina, cuyo carácter altanero y soberbio no podia doblegarse á cargar por sí sola con todo el peso de la culpa.

—Es que la Providencia ha castigado nuestra soberbia, añadió D. Alvaro cubriéndose la cara con las manos y permaneciendo en triste actitud.

Cristina se sentó á su lado, mirándole con cierta inquietud: por mas depravados que fueran sus sentimientos, no podia menos de sentir el grito de su conciencia acusadora al contemplar el triste cuadro y el aparato fúnebre que se desplegaba á su alrededor.

La gravedad del sitio en que se encontraba, y por otra parte el solemne dolor que se reflejaba en el semblante de su esposo, la hicieron estremecer, conoció que las fuerzas la faltaban, y tanto como deseó entrar en la capilla, tanto deseó salir.

Don Alvaro levantó la cabeza, vió su palidez, la alteracion de su semblante, y cogiendo una de sus manos, que encontró agitada de un temblor nervioso, la dijo:

—Perdóname tú tambien, esposa mia, si mis palabras te han hecho daño; veo que tiembles, que palideces; ojalá que ese temblor y esa palidez sean indicio de un saludable arrepentimiento; ojalá, esposa mia, que tomes ejemplo de mi desgracia, y te enmiendes corrigiendo tu inmoderado deseo de brillar tu orgullo y tu ambicion.

Cristina no dijo una palabra; quizá vacilaba, pero en aquel momento el espíritu satánico que la animaba comunmente, debió triunfar en su corazon, porque dijo á su esposo:

—No quiero engañarte en este momento solemne; yo no puedo

todavía aceptar la expiación de un arrepentimiento, que si bien puede darme tranquilidad de espíritu, solo me ha de proporcionar miserias y penalidades.

—¿Y qué piensas hacer? ¡desgraciada!

—Mi hija Cristina está en Italia; voy á reunirme con ella.

—Entonces encontrarás tambien á Clodomiro, porque segun me ha dicho Tránsito esta mañana, ha ido á buscar á su hermana. Por fin, menos mal si vives con ellos y juntos haceis frente á las borrascas del mundo.

—¿Has visto á Tránsito?

—Sí, y á tus padres tambien; mi reconciliacion con esos ancianos venerables que tanto tiempo hemos desdeñado, ha sido para mi alma un bálsamo saludable y consolador. Yo te suplico, esposa mia, que no sigas en tu idea de desconocerlos porque son pobres, porque su origen es humilde. Hoy debian ellos avergonzarse de nosotros porque somos criminales, porque la justicia nos castiga, y sin embargo, no se han desdeñado de venir á tenderme sus brazos, de llamarme hijo, cuando me ven al pié del cadalso, siendo así que yo les negué el nombre de padres hallándome en la opulencia. Sí, Cristina, yo te suplico que solicites su perdon, que te pongas bajo su amparo; son nobles, son honrados y tienen un corazón magnánimo y generoso, y no dudo te acogerán con amor; ¿me lo prometes?

—No; lo que me pides es imposible; ¿á qué he de hacerte una promesa que no pienso cumplir?

—Mas vale que uses esa franqueza, te lo agradezco, dijo con doloroso tono D. Alvaro.

—No quiero verlos, porque no está mi corazón en el caso de reclamar su perdon, humillándome ante su inflexible altanería.

—Pues si no quieres encontrarte en su presencia, retráte, deben llegar de un momento á otro, y quizá les acompañe Alejandrina.

—¿La condesa aquí?... ¿cómo lo has consentido?... Viene acaso á insultar tu desgracia? ¿á gozarse en tu agonía?

—Viene porque yo se lo he suplicado.

—Pues no quiero verla; adios; esa muger nos ha perdido, y no se borrará jamás de mi corazon el ódio que me inspira.

—¡Cuánto te compadezco!... ¡tienes que ser muy desgraciada!... exclamó D. Alvaro mirando con pena la espresion de profundo aborrecimiento que se pintó en el rostro de Cristina al hablar de la condesa.

—¡Quién sabe!... la fortuna es de los audaces, y yo me conceptúo con bastante audácia para ser en el mundo feliz, mal que le pese á esa muger malvada y orgullosa que se cubre con el manto del misterio para herirnos en medio del corazon, sin que conociéramos su mano y sin que pudiéramos defendernos.

—Estaba en su derecho; reflexiona que la privamos de un padre, que la perseguimos á ella misma y que la despojamos de todos sus bienes para engalanarnos con su título y sus riquezas.

—Yo no pienso en nada, porque el ódio que la tengo supera á todo y ofusca mis sentidos, en términos que quizá si la viera entrar en este momento, no me podria contener sin arrojarle al rostro la infamia de su proceder.

—Entonces vale mas que te vayas; sí; es preciso evitar una escena semejante, que alteraria el reposo que necesito en los últimos instantes de mi vida; adios, pues; te agradezco que hayas venido á verme; yo por mi parte no te guardo resentimiento alguno y rogaré al cielo en mis postreras oraciones, para que el Señor ilumine tu alma y te haga entrar en el camino de la virtud.

—Gracias por tus buenos deseos; salgo de aquí satisfecha por haber conseguido tu perdon, que es cuanto ambicionaba. Ahora, adios; no me despido, porque volveré á verte.

Cristina, por evitarse y evitar á su marido el dolor de una despedida eterna, le prometió volver, promesa que no pensaba realizar.

Él debió comprenderlo, porque á pesar de la esperanza de otra entrevista, se enterneció vivamente, la abrazó llorando y solo se separó de sus brazos á merced de un poderoso esfuerzo.

Cristina salió de allí llorando, despues de haber escuchado los

tiernos recuerdos que el infeliz la dió para sus hijos y de haberse de nuevo asegurado del generoso perdon que la concedia.

En la puerta de la cárcel la esperaba Tragabombas, que con sus miradas enjugó instantáneamente sus lágrimas y borró las huellas del pasajero dolor que la habia afectado.

Partieron de allí con la esperanza de emprender enseguida su viaje, dejando al pobre reo lleno de dolor y de inquietud por la suerte de su esposa, á la que vaticinaba un aciago y cruel destino.

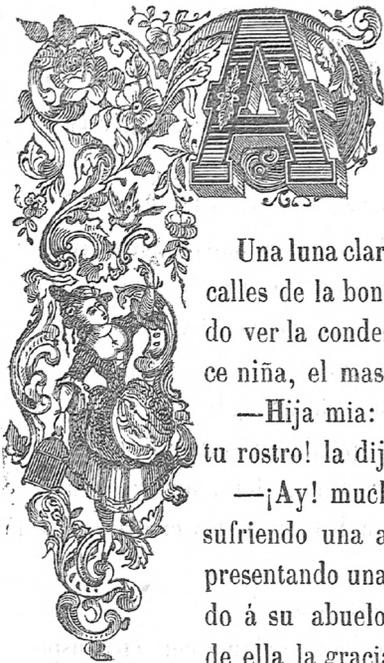
Apenas quedó solo, se puso de rodillas ante una sagrada imágen, quedándose largo rato absorto en su fervorosa meditacion.

Cualquiera hubiera creido que sentia morir; pero no era así: daba gracias á Dios porque le concedia dejar este mundo de penalidades, de lágrimas y de duelos, donde no es posible encontrar una ventura completa, y se regocijaba porque esperaba hallar por medio de su arrepentimiento y su expiacion el perdon de todos sus pecados y la dulce esperanza de una paz sin término, mas allá de la tumba, donde no hay ódios ni pasiones y solo se respira un aura de eterna justicia.



CAPÍTULO XIX.

Generosidad y perdón.



LEJANDRINA llegó á la colonia serian las nueve de la noche; Tránsito, que la aguardaba impacientemente, salió á recibirla apenas sintió el ruido del coche.

Una luna clara y brillante iluminaba las anchas calles de la bonita poblacion; á su resplandor pudo ver la condesa impreso en el rostro de la dulce niña, el mas vivo dolor.

—Hija mia: ¡tú padeces!.... ¡veo lágrimas en tu rostro! la dijo abrazándola con ternura.

—¡Ay! muchísimo; esperando á V. E., estaba sufriendo una agonía mortal, exclamó Tránsito presentando una silla para que se sentase y mirando á su abuelo para que la ayudase á solicitar de ella la gracia que demandaba.

—Por Dios, querida Tránsito, no me des tratamiento: si yo para tí siempre soy una amiga cariñosa; si tu amistad y la confianza que me dispensas es un consuelo para mi alma, ¿á qué negarmele? ¿por ventura me quieres hoy menos que otras veces?

—Perdóname; el respeto que me inspira tu posición, me ha hecho hablarte en esos términos; pero ya que me recuerdas la dulce fraternidad que nos ha unido, á ella apelo, en su nombre quiero pedirte una gracia.

—Y yo también, señora, tengo otra que pedir á V. E., dijo Adalberto, que permanecía en pié, apoyado en su grueso bastón.

—¿Y cuál es, amigo mío? Usted sabe que le aprecio y que le concedo todo cuanto quiera.

—Pues bien, pido á V. E. el perdón para mi yerno.

—Y yo el perdón para mi padre, dijo Tránsito.

—¿Para D. Alvaro?... ¿luego la gracia que ambos me pedís es una misma?....

—Sí, señora; el infeliz solo aguarda su perdón para morir en paz; y anhela escucharle de los labios mismos de V. E., dijo Adalberto.

—¿Es decir que desea una entrevista?

—Justamente.

—Imposible; ni puedo verle, ni perdonarle, exclamó Alejandrina con resolución.

—¡Señora, por piedad!.... dijo Tránsito arrodillándose.

—¡Nunca!.... continuó con exaltación Alejandrina. Aun recuerdo la horrible lucha que sostuvo con mi pobre padre para quitarle la vida; aun me parece estar viendo su cadáver lívido y sus ojos medio abiertos que me pedían venganza. ¡Ah!.... jamás.... no me lo digais; ¿perdón para el asesino de un padre tan bueno y tan generoso, perdón decís?... ¡eso no puede ser, estais locos!....

Tránsito á la primera negativa rompió á llorar amargamente, y Adalberto, llamando á su muger, á Rita y á los cuatro niños de ésta, les dijo:

—Nos vamos ahora mismo de esta casa.

Luego volviéndose hácia la condesa, exclamó con circunspecto tono:

—Señora: perdone V. E. si abandono el piadoso asilo que su generosidad me ha concedido; si le admití hasta hoy fué porque al hijo cuyo perdón demando no me unían los lazos que ahora me

unen. Me odiaba, me desconocía, y no pude menos de tratarle como á un extraño; mas, reconocido de su yerro, ha implorado de mi corazón paternal un rayo de esperanza, y arrojándose á mis brazos, me ha hecho olvidar lo pasado, pidiéndome perdón en su nombre y en el de su muger por los agravios que me han inferido. Se lo concedí apenas lo solicitó, porque de negárselo hubiera sido en mis labios un sacrilegio la sagrada oración del Padre Nuestro que rezo todos los días; y yo, señora, soy buen cristiano, y no quiero ser sacrílego; por eso pardo á mis enemigos, para que Dios me perdona á mí.

—Pero V. se halla en diferente caso, á V. no le han asesinado un padre querido, dijo Alejandrina.

—Permítame V. E. continuar, dijo el anciano.

—Ya escucho.

—Borradas nuestras disensiones, nuestros disgustos pasados, por el arrepentimiento y el perdón, ese hijo extraviado, vuelve á mi seno, ¡me llama padre! ¿cómo, pues, señora, he de admitir beneficios de la mano que le condena? Nunca; adios, señora condesa; vamos, hijos míos, vamos á morir con aquel infeliz que nos aguarda lleno de angustia y de dolor.

Adalberto se adelantó hácia la puerta: toda la familia le seguía, escepto Tránsito, que arrodillándose de nuevo á los piés de Alejandrina, esclamó con angustiado acento:

—¡Ah! ¡por piedad, señora!... por compasión, mi querida amiga, por el amor que siempre me has manifestado, por lo que mas ames en el mundo, concédeme el perdón de mi padre, permite que pueda llevarle ese consuelo; ya que le haces morir en un cadalso, que no muera desesperado. Reflexiona que se halla al pié de la tumba, que es un moribundo el que te implora, un hombre arrepentido de sus crímenes que vá á comparecer ante el tribunal de Dios!....

—Pues qué, ¿tu padre se halla en peligro de muerte?... dijo con cierto asombro Alejandrina.

—¿Acaso ignoras que está en capilla, y que mañana subirá al cadalso?

—¡Esto es verdad!.... ¡no parece mentira!....

—Quizá te lo hayan ocultado, por no disgustarte, sin saber el daño que hacían.

—Yo he pasado quince días sin ver á nadie, sin saber una palabra del mundo, hasta que esta tarde me han entregado tu carta, en la cual me manifestabas que tenias absoluta necesidad de verme para un asunto interesante, en el que jugaba la vida de una persona que te era muy querida. Ni aun se me ocurrió que pudiera ser tu padre; vine porque de todos modos pensaba esta noche despedirme de tí, y dejar á toda tu familia una pequeña muestra de mi amistad.

—¿Y cuándo te marchas?

—Mañana al amanecer.

—¿Y no volveremos á vernos?

—Difícilmente; voy á la India, donde me lleva mi conciencia y mi deber.

—Conociendo V. E. lo que valen la conciencia y el deber, comprenderá con razon el impulso que mueve al pobre reo para solicitar su perdon, y esperamos no nos le negará, porque en este caso no sería él solo desgraciado, sino toda esta desventurada familia, que hemos vivido hasta hoy bajo su amparo.

Adalberto, al decir esto, se arrodilló junto á Tránsito, todos le imitaron hasta los niños de Rita, que elevaban sus pequeñas manos hácia la condesa en ademan de súplica.

—Perdon, señora, perdon para él; que muera descargado de ese enorme peso que le taladra el corazon; que se salve siquiera su alma.

—¡Oh! ¡no morirá!.... yo os lo prometo; levantaos, dijo Alejandrina conmovida, y desvanecido completamente el deseo de venganza que manifestó momentos antes.

—¡Gracias!.... ¡señora!.... ¡gracias!.... exclamó Adalberto; no esperaba menos de su gran corazon.

—¡Qué feliz me haces, amiga mia! repuso Tránsito; toda mi vida recordaré este dichoso instante, y á todas horas bendeciré la bondad de tu alma.

—Nada me teneis que agradecer; vamos á reparar una falta; no me figuré que esa causa se hubiese despachado tan pronto, y antes de marcharme tenia ánimo de haber dejado á mi mayordomo orden para que procurase salvarle, suministrándole fondos y los medios necesarios para escapar de la cárcel; pero sin duda han creido complacerme y lo han apresurado poniéndole en capilla.

—Es muy extraño que no lo supieras.

—Pues no hay nada mas sencillo; desde hace quince dias no he visto á nadie, ni me han hablado una palabra de asunto ninguno; porque lo prohibí terminantemente, y mis criados ya sabes tú que me obedecen con una exactitud pasmosa. Pero no perdamos tiempo; son las nueve y media, yo saldré de Madrid al amanecer, y en lo que falta de noche tiene que quedar arreglado este asunto.

—¿Y V. E. se dignará conceder á D. Alvaro la entrevista que con tanta ansia desea?

—Sí, por cierto, vamos ahora mismo: V. y Tránsito pueden acompañarme; estas señoras y los niños, que se acuesten, y mañana, cuando yo haya partido, recibirán una memoria mia.

—¡Mil gracias, señora!... tenemos tanto que agradecer á V. E., que bastan sus beneficios para no olvidarla nunca, sin que tenga necesidad de hacernos un nuevo presente para conservar entre nosotros su recuerdo, dijo Carmela.

Rita la suplicó que la permitiera besar su mano, y mandó á sus hijos que se arrodillasen á dar gracias á su protectora.

La condesa la abrazó, levantó á los niños, los fué besando á cada uno y les ofreció hacerlos dichosos, si la felicidad consistía en la riqueza.

Luego salió de aquella santa y apacible casa, despedida por las bendiciones de la honrada familia que veian en ella un ángel de caridad y de amor.

Tránsito y Adalberto subieron en el coche, partiendo este con rapidez hácia Madrid.

—Hábleme V., amigo mio, de ese pobre D. Alvaro, dijo Alejandrina al anciano así que comenzó á rodar el carruaje.

—¿Qué he de decir á V. E.? preguntó Adalberto.

—Su arrepentimiento, su dolor.

—Uno y otro son inmensos. Es verdad que su corazón no ha debido nunca ser malo; su carácter no era pernicioso, sino débil, y accedió, ó mejor dicho, no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para resistir á las infames sugerencias de su muger; por adquirir riquezas y honores, manchó sus manos con el crimen, sin reflexionar que el malvado halla en el mundo su castigo.

—¿Y qué ha sido de Cristina? ¿no se sabe de ella?

—No, señora; supo escapar librándose de la parte que la correspondía en esta expiación que por su causa sufre su infeliz esposo.

—También creo yo que fray Severo contribuyó á perderle con sus consejos; si él no se hubiera presentado tan oportunamente en el palacio el día aquel en que asesinaron á mi padre, creo que á D. Alvaro le faltáran fuerzas para consumar su delito por sí solo.

—Bien pudiera ser; y según hemos oído, esta tarde en la cárcel así lo ha confesado él mismo.

—¿Quién? ¿Don Alvaro?

—No, señora, fray Severo, que desde Francia ha mandado su declaración.

—¿Cómo ha conseguido también escaparse? siempre el mayor criminal suele salir mejor librado, dijo Tránsito.

—Desengáñate, hija mía, que tarde ó temprano expiará también su delito, dijo Adalberto.

—¡Oh! eso no hay que dudarlo, añadió Alejandrina asomándose á la ventanilla para ver dónde estaban.

—¿Llegamos ya? dijo Tránsito; ¡tengo una impaciencia!... quizá no podamos verle esta noche.

—Descuida, ya le veremos; pues á mí todas las puertas se me abren, repuso Alejandrina.

—Ya estamos en Madrid, dijo Adalberto.

El lacayo se apeó á preguntar á la señora, que á dónde se dirigían.

—A casa, contestó lacónicamente.

—¿No vamos á la cárcel? preguntó Tránsito.

—Si hemos de salvar á tu padre, se necesita dinero, y aquí no llevo lo suficiente.

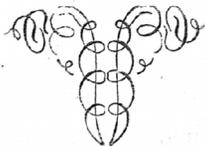
—¿Será posible que haya salvacion para él?

—Me prometo conseguirlo; ese hombre, arrepentido de sus crímenes, puede ser un buen ciudadano, un buen padre de familia y un buen cristiano; por lo tanto, no debe morir, y no morirá, dijo Alejandrina con un acento tan lleno de resolucion, que parecia haber conseguido ya su propósito.

—¡Dios lo quiera!... murmuró Tránsito enjugando una lágrima que se desprendió de sus párpados.

—¡El cielo proteja su generosa intencion! exclamó Adalberto cruzando sus manos y elevando los ojos al cielo en actitud de murmurar una fervorosa plegaria.

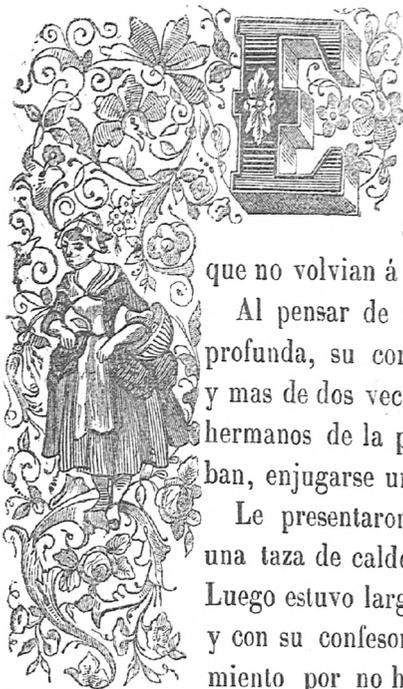
Una hora despues estaban á la puerta de la cárcel.



CAPITULO XX.



Continúa el anterior.



RAN las once de la noche.

Don Alvaro, viendo lo avanzado de la hora, habia casi perdido la esperanza de ver á la condesa, y hasta se imaginaba que no volvian á verle Tránsito ni Adalberto.

Al pensar de esta manera, sintió una tristeza profunda, su corazon se oprimió dolorosamente, y mas de dos veces le vieron los sacerdotes y los hermanos de la paz y caridad que le acompañaban, enjugarse una lágrima.

Le presentaron la cena, y tomando solamente una taza de caldo, la mandó retirar en seguida. Luego estuvo largo rato hablando con su abogado y con su confesor, y les manifestó su vivo sentimiento por no haber alcanzado el perdon de la condesa. Tanto fué lo que se afligió pensando en que iba á morir sin arrodillarse á sus piés, que uno de los sacerdotes le ofreció ir á verla.

—Aunque será en balde, añadió él mismo, porque tengo enten-

dido que se marcha mañana ó esta noche misma á Barcelona, donde debe embarcarse para el Brasil.

—Por eso no ha vuelto mi hija; me ofreció traerme su perdon, y como no lo ha conseguido, no quiere darme tan fatal noticia.

Los circunstantes le consolaron del mejor modo posible, esforzándose en ofrecerle las piadosas exhortaciones que la elocuencia y la religion inspiran en tales casos. A todos escuchaba atentamente, mostrándose resignado con su suerte y dispuesto á morir como cristiano.

Su mansedumbre, su arrepentimiento y su grave tristeza inspiraban compasion á cuantos le veian, y mas cuando se le castigaba por un delito que habia cometido quince años antes y del que nadie tenia la menor noticia, por haberse perpetrado en circunstancias tan azarosas.

Los hermanos de la paz y caridad se retiraron, quedando con el reo dos sacerdotes que le asistian. Esforzábanse estos en hablarle de un Dios siempre misericordioso, lleno de indulgencia y de perdon, cuando la puerta de la capilla se abrió y uno de los hermanos de la paz y caridad que habian salido poco antes, llamó á los sacerdotes, indicándoles que preparasen al reo, porque acababa de llegar la condesa y queria verle.

Él debió comprender de lo que se trataba, porque cuando el sacerdote le dijo:

—Creo que se van á cumplir sus deseos, exclamó:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿será posible?... vendrá á perdonarme.

—Sí, señor; dentro de breves momentos la verá V. aquí.

—¡Qué felicidad!..... exclamó D. Alvaro entregándose á las manifestaciones de un alborozo sin límites.

En este momento entró Tránsito.

—¡Padre mio!.... exclamó corriendo á abrazarle; por fin hemos conseguido que venga.

—¡Oh! no sabe el bien que me hace con su visita; siquiera podré morir tranquilo, dijo el infeliz poseido de un temblor nervioso que producía la emocion y con los ojos clavados en la puerta esperando con ansiedad que se presentase Alejandrina.



Esta, que era en Madrid tan apreciada por sus riquezas y sus virtudes, se detuvo antes de entrar en la capilla, hablando con varias de las personas que allí estaban, muchas de ellas de elevada posición y á las que manifestó su deseo de alcanzar de S. M. el perdón del reo.

Todas se asociaron inmediatamente á su pensamiento y la ofrecieron por su parte contribuir á que se realizase tan laudable deseo, apresurándose en aquel instante algunos que por su categoría tenían entrada en palacio, á ir como emisarios solicitando aquella gracia de S. M., sin embargo de que también la condesa se proponía hacerlo tan luego como terminase su entrevista con el reo.

¿Cómo era posible que el perdón de un alma tan generosa como la suya fuera una palabra estéril, sin consecuencias favorables para el infeliz que le demandaba? Y mas cuando Alejandrina sabía ser grande, magnánima en todos sus actos. ¡Ah! ¡no! ella debía ser generosa, y lo fué.

Cuando terminó su conversacion con los personajes que la rodearon á la entrada de la cárcel, se dispuso á pasar á la capilla. En el umbral vió á un hombre de rostro sombrío, de mirada taciturna y grave que prevenía desde luego en contra suya.

Como se apresurase á abrir la puerta para que la condesa pasase, ésta le preguntó:

—Y tú ¿quién eres? ¿qué cargo ejerces aquí?

—El mas terrible, señora; uno que me horroriza y que tengo por fuerza que ejercerle.

—¡Ah! ya comprendo: ¿eres el verdugo?

—Un signo de asentimiento contestó á esta pregunta.

—Pues me alegro encontrarte.

—¿A mí, señora?...

—Sí, tengo que pedirte un favor.

—Es una honra para mí el hallar una ocasión en que poder complacer á V. E., dijo el verdugo inclinándose con vivo respeto, porque la actitud y la magestad de Alejandrina imponían verdaderamente.

—Escúchame, esclamó la condesa mirando con recelo á su alrededor temiendo que los oyeran.

—Hable V. E. sin temor, que no nos oye nadie.

—¿Tienes familia?

—No, señora; el cargo que ejerzo me hace odioso, y nadie quiere unir su suerte á la mia, ni profesar afecto al que ejerce la terrible mision de cortar en flor la vida de sus semejantes.

—¿Y quisieras dejar ese cargo? ¿quisieras, trasladándote á otro pais con nombre y destino diferente, ser rico y feliz consagrándote á la felicidad y al amor?

—Eso, señora, sería un sueño irrealizable.

—No lo creas; ¿qué necesitas para ello?

—Muchas riquezas y la proteccion de una persona ilustre.

—¿Te bastan las mias y mi apoyo?

—¡Vucencia me confunde!... repuso medio aturdido el ejecutor de la justicia por tan impensada proposicion.

—Nada; contesta: dime si son bastantes. He dicho que necesitaba de tí un favor, y la recompensa será esta.

—¿Y qué debo hacer para conseguir una dicha tan inmensa? ¿qué exige V. E. de mí?

—La salvacion del reo; su muerte y su vida está en tu mano; puedes al subir al cadalso hacer que tome un narcótico que te daré, y que privándole de sentido por espacio de veinticuatro horas, aparezca como que ha muerto al esfuerzo de tu mano.

—Eso es muy aventurado.

—Por eso te ofrezco en cambio la felicidad de toda tu vida, y dinero en abundancia para que puedas asociar á tu empresa á otro compañero, si le necesitas.

—Permítame V. E. pensarlo quince minutos.

—Corriente, una hora tienes: ni un minuto mas; pero te advierto que quizá no sea preciso apelar á ese recurso extremo, porque antes voy á solicitar de S. M. el perdon del reo, y si lo consigo, entonces tu mision será otra; de todos modos te necesito.

—¿Y cuándo podré ver á V. E.?

—A las doce en punto en mi palacio de la calle de Alcalá.

—Está bien, no faltaré.

Alejandrina, dando por concluida la confidencia, manifestó con un signo su deseo de pasar, y la puerta de la capilla se abrió por completo.

La noble dama se adelantó con mesurado paso, y antes de llegar al sitio en que se hallaba D. Alvaro rodeado de Tránsito y de Adalberto, ya aquel habia caído de rodillas, estendiendo las manos en actitud de súplica y derramando abundantes lágrimas.

Sus ojos, el profundo sentimiento que reflejaba su semblante, su inmenso dolor, todo en él revelaba un arrepentimiento puro y sincero.

Así debió comprenderlo la condesa, porque acercándose, le dijo con una dulce sonrisa:

—Esas lágrimas me dicen que estás arrepentido y te conquistan mi perdon.

—¡Ah, señora!.... su generosidad es la vida de mi alma; ¡ahora puedo morir tranquilo!.... ¡gracias! ¡mil gracias!.... ¡estuve ciego!.... sí, enteramente ciego, no comprendí, que al dejar á un ángel sin padre, labraba mi eterna desventura, y cometí un crimen seducido por la tentacion!....

—Lo creo, amigo mio, lo creo; y la tentacion eran tu muger y fray Severo, que á su vez les tentaba el diablo de la ambicion y del orgullo; pero olvidemos lo pasado: te perdono, porque con tu muerte no vuelvo la vida á mi padre, y porque el morir no es castigo, puesto que la muerte es un descanso á todos los dolores; es muriendo contrito y arrepentido como tú, mas bien una felicidad; pues irias á gozar en otro mundo la dicha que no hallastes aquí, ¿no es cierto?

—Ya lo creo; pero no te comprendo: ¿tú no quieres que yo muera?

—No; y si has llegado hasta el pié del cadalso, es por haberme olvidado de tu causa, por no haber pensado en tí; de otro modo, no te hubieran puesto en capilla; yo no quiero que mueras, necesito castigarte con mas rigor todavia, necesito para vengarme del mal que me has hecho, toda una vida de expiacion y de penitencia.

—¿Conque me salvarás?

—Te lo prometo; mas no te alegres: te salvo para castigarte mas, para que sufras, para que á todas horas tengas presente el crimen con que manchaste tu vida, y te confundan mis beneficios.

—¿Y á eso llamas castigo?... ¡Cuando será mi gloria, mi delicia, pasar, si necesario fuera, toda mi vida arrodillado al pié de la tumba de tu padre, hasta merecer tu perdon, que con tanta bondad me concedes, y el suyo, que me otorgará tambien desde el cielo!!!....

—Pues eso deseo, eso mismo, que reces por su alma, que pienses siempre, que á su memoria debes la salvacion, que puedo castigarte y no lo hago porque soy cristiano, y el Evangelio nos manda perdonar á nuestros enemigos.

—¡Cuán grande apareces á mis ojos!.... ¡Cuán elevada!... ¡y habrá quien pueda aborrecerte!.... quien te odie, cuando te muestres tan magnánima, tan misericordiosa!.... Me parece imposible que el mundo abrigue tan mezquinas almas.

—¿Pues quién me odia?

—Cristina, mi muger, hace pocas horas te juraba en este aposento una guerra á muerte; pero yo sabré evitar los estragos de su odio.

—¡Mi madre!.... ¿ha estado aquí mi madre? dijo Tránsito, que con su abuelo habia permanecido retirada durante la conversacion anterior.

—Sí, hija mia; vino esta tarde á suplicarme que la perdonase.

—¿Y qué hizo V.?

—¿Qué habia de hacer, hija mia? soy cristiano y me hallaba en peligro de muerte; en semejante caso los rencores se olvidan y los odios se estinguen.

—¿Y cómo no ha demandado el mio? dijo Adalberto.

—Se lo aconsejé, padre mio.

—¿Y qué hizo?

—Negarse.

—Pues no creas en su arrepentimiento; acaso proyectaba un

nuevo crimen y necesitaba tu perdón para cometerle con mas tranquilidad.

—¡Dios ilumine su razón!.... murmuró solemnemente D. Alvaro, cayendo en una silla, porque su debilidad era grande y se le acababan las fuerzas.

Durante toda la escena anterior habia permanecido arrodillado primero, y en pié despues enfrente de Alejandrina, que estaba sentada en una silla.

—Cristina nació mala, y nunca será buena, dijo Alejandrina.

—Tiene V. E. razón, contestó Adalberto; árbol que crece torcido, nunca su tronco endereza.

La condesa se levantó para marcharse.

—¿Ya me dejas? exclamó con pena D. Alvaro.

—Tengo los momentos contados, y no puedo desperdiciar ni uno solo: ya te he complacido; ahora permite que me retire á preparar tu salvacion y mi viaje.

—¿Es verdad que te marchas al Brasil? me lo han dicho esta noche.

—No te han engañado; antes de amanecer, quiero abandonar la corte.

—¡Qué desgracia, padre mio!.... exclamó Tránsito llorando.

—Inmensa; este es el mayor castigo que Dios podia concederme: privarme de su vista cuando he conseguido una reconciliacion, ¡ay! ¿qué será de nosotros?

—La sombra de mi proteccion alcanza á todas partes y os cubrirá lo mismo desde léjos que desde cerca; no temais, pues; sed buenos y contad con mi cariño y mi perdón.

La condesa, al decir esto, estrechaba afectuosamente las manos del padre y de la hija, que sollozaban con amargura pensando en aquella ausencia eterna quizá.

Tanto se aumentó su afliccion, que la condesa, acongojada y llorosa, tuvo necesidad de salir precipitadamente, sin que su lábio pudiera pronunciar el adios de despedida.

Ella, que á todas horas sufría un dolor sin segundo, ¡cómo re-

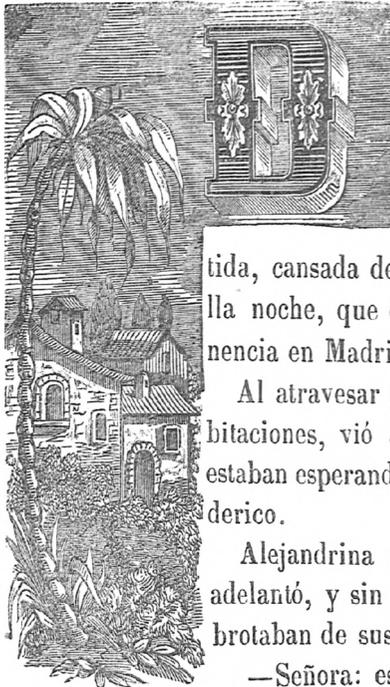
sistir sin alterarse, el pesar de otro!.... Ni cómo ver lágrimas que no podía enjugar porque las causaba su ausencia, y esta no se difería por nada en el mundo!.... Así fué que lloró con ellos; luego, desprendiéndose de sus brazos, se alejó con precipitación, y subiendo en su carruaje, se dirigió al palacio real, donde esperaba inclinar la augusta clemencia de S. M. en favor de su tío, en favor del hombre que sin piedad cortó la santa y pura vida de su padre. ¡Acto magnánimo y nobilísimo, que solo puede ejecutar un corazón cristiano!



CAPITULO XXI.

elle

Despedida.



DESDE la cárcel se dirigió Alejandrina á Palacio; obtuvo de S. M. el indulto del reo, y enviándole inmediatamente tan fausta nueva, volvió á su casa, abatida, cansada de sufrir tantas emociones en aquella noche, que debia ser la última de su permanencia en Madrid.

Al atravesar un salon para entrar en sus habitaciones, vió al verdugo y á Marciana que la estaban esperando: á ésta acompañaba su hijo Federico.

Alejandrina se detuvo al verlos. Marciana se adelantó, y sin poder reprimir las lágrimas que brotaban de sus ojos, exclamó:

—Señora: esta noche he sabido por fray Benigno la partida de V. E., y vengo á despedirme, á tener el gusto de contemplar á V. E. por última vez.

La anciana se detuvo porque la emoción cortaba su voz.

Enternecida la condesa, se contentó con estrechar su mano, y sin